

Los valientes no ceden:

De orden suprema, Guillermo Prieto y el periplo literario en México

Francisco Mercado Noyola



Guillermo Prieto

DESDE EL *LIBER MILLIONIS* DE MARCO POLO hasta la guía *Lonely Planet*, el trashumante moderno ha buscado dejar testimonio escrito de sus travesías, domésticas o lejanas, plácidas o azarasas, por propia iniciativa o por designios de una autoridad inobjetable. La Biblioteca de Signos, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, publica *De orden suprema: la obra de Guillermo Prieto y la literatura de viajes en México*, de la profesora Marina Martínez Andrade, quien trata con amenidad y rigor metodológico el tema de la escritura itinerante, abocándose al estudio de la veta nómada de nuestro gran poeta popular del siglo XIX.

Don Guillermo Prieto —para los mexicanos actuales, acaso tan sólo personaje incidental que salvó la vida de Juárez con su broncíneo adagio “Los valientes no asesinan”— es para nosotros, sus afortunados lectores, prisma luminoso de la historia patria. En *Memorias de mis tiempos* cataliza el libre flujo del recuerdo, desde el manantial del ayer hacia las compuertas del hoy. El pacto autobiográfico —el cual se establece en este relato fundamental— es formulado en la narrativa como testimonio del *yo*, postulando que todo viaje es tanto interior como exterior. En este curso fluvial los meandros de la memoria transfiguran los de la escritura, de tal manera que todo viaje se halla predeterminado por el sueño y el deseo; asimismo, posee una carga introspectiva y sentimental.

Esta poética fue abrevada por nuestros románticos del siglo XIX en sus lecturas de Lawrence Sterne y Xavier de Maistre. En el caso de los *Viajes de orden suprema*,

materia de su lúcido estudio, Marina Martínez percibe un vínculo evidente con la escritura autobiográfica, la cual es ejercida por Prieto desde un contexto presente, durante un periplo emprendido por voluntad ajena (la del dictador Santa Anna), con doble intencionalidad: la de recorrer y discurrir la patria, mostrándola a los ciudadanos para que éstos la habiten, la amen y luchen por su engrandecimiento. De ahí el carácter misceláneo de este extenso relato de peripecias, observaciones y digresiones, cuya naturaleza discursiva ostenta una hibridez similar a la de las crónicas de *Fidel* en la prensa nacional.

Martínez Andrade nos señala que la literatura de viajes escrita por mexicanos es en el siglo XIX tan incipiente como la propia nación. Nuestra geografía escarpada y fragmentaria demuestra serlo como nunca antes, ante la nueva libertad de tránsito que rompe las ataduras del estatismo virreinal. Los caminos y medios de locomoción prueban su absoluta deficiencia ante los nuevos viandantes, deseosos de dinamismo comercial y cultural, y que hallan incontables impedimentos para sus periplos dentro y fuera de la República.

Punto de contacto que es percibido por la autora, los relatos de viaje producidos por extranjeros en México y por mexicanos en el extranjero se relacionan con los estudios poscoloniales en el mismo sentido que Ignacio Manuel Altamirano advierte en su tiempo. Es decir, al igual que los conquistadores españoles determinaron el sedentarismo de los novohispanos, los nuevos dominadores europeos y norteamericanos imprimieron dinamismo a México, inventariando el nuevo territorio independiente para dar cuenta de sus recursos explotables; así como los viajeros mexicanos describieron con pasmo las naciones hegemónicas con el fin de seguir sus modelos políticos, económicos y culturales.

Después del medio siglo de caos en que es difundida en Europa y Norteamérica la imagen de un México rehén de la corrupción, la ineptitud, la discordia y la rapiña, Altamirano y sus cofrades desean combatir

este desprestigio ante el mundo civilizado; del país de salvajes erigir una nación en desarrollo. Ante la brecha civilizatoria, los viajeros mexicanos dejan testimonio escrito de su experiencia en los modelos dominantes o reivindicando, dentro de su patria, una nueva disposición al progreso científico, social y moral.

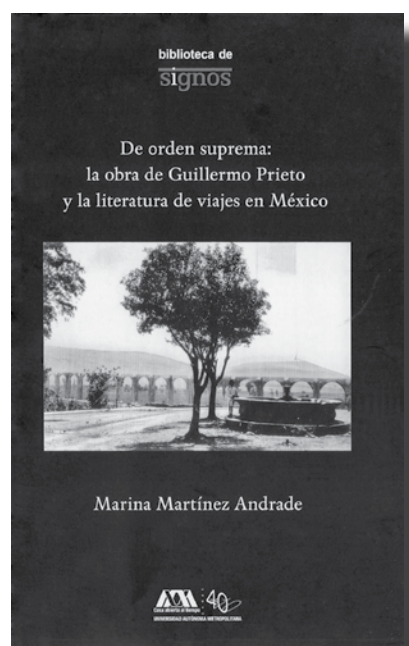
Es así el caso de Prieto en su *Viaje a los Estados Unidos* y en la obra estudiada por Marina Martínez en su libro. Para el Occidente decimonónico la inco-municación es proporcional al atraso y barbarie de un pueblo. Ya Octavio Paz en *Los hijos del limo* escribe sobre “las míticas criaturas del progreso” secular: el ferrocarril, el telégrafo. El relato de viajes de Prieto tiene, en este sentido, un papel ancilar y utilitario, un compromiso social con “la comunidad imaginaria”. Pertenece plenamente al período en que la literatura era concebida como un medio para fundar la nación y fomentar su progreso material y social. La lectura de *Viajes de orden suprema*, como la de numerosos textos coetáneos, tenía como objeto la aculturación, el adoctrinamiento y la formación del patriota modelo. Este relato de viajes funge como pretexto para describir la geografía de la nación, su belleza, sus recursos, sus habitantes, sus costumbres, sus profundos conflictos, y así contribuir a fundarla en el imaginario colectivo. La descripción, planteada por Roland Barthes en *El efecto de lo real* como recurso retórico para lograr la *imitatio* más fidedigna, postula que a mayor acumulación de objetividades representadas, mayor identificación del lector con el entorno descrito (en este caso la nación), la cual sólo puede ser construida en su imaginario mediante un periplo literario.

Quienes hemos tenido la fortuna de vivir el siglo XIX en *Memorias de mis tiempos*, hemos apreciado una cualidad muy escasa en la narrativa mexicana: el sentido del humor de Guillermo Prieto, como rasgo único entre sus coetáneos y aún entre los escritores mexicanos de todos los tiempos. Martínez Andrade pone de relieve en su trabajo la ironía y la sátira como figuras retóricas

que operaron en la obra de *Fidel* como formas de resistencia y supervivencia ante una realidad nacional descarnada. Este seudónimo, que se hizo tan popular en las columnas de la prensa capitalina, funge como *alter ego*, como máscara carnavalesca. En *Viajes de orden suprema* desacredita la solemnidad de Guillermo Prieto como autoridad pública, como ciudadano ejemplar, dejando —después de este recurso teatral— la *dramatis personae* de un lépero ingenioso y astuto, que pretende captar la complicidad del ciudadano lector promedio. Paradójicamente, su humildad artificiosa aporta la mayor legitimidad a su relato; le imprime el sello de la igualdad entre pares, y por tanto, mayor credibilidad y cohesión entre los miembros de una comunidad que se desea solidaria.

La escritura de viajes de Prieto se adscribe al ejercicio de la escritura autobiográfica, y a su vez al subgénero de la *narratio vera*. El pacto de verosimilitud de la ficción se transforma aquí en pacto de veracidad. En la teoría de Pierre Nora sobre el *locus memoriae* de la preceptiva retórica clásica, don Guillermo ejercita la función simbólica del *topos*, es decir, de los lugares físicos que abren los efluvios de la mnemotecnica.

Con el fin de crear la patria, de fijar su imaginario territorial, es necesario recorrer su geografía y nombrarla. Guillermo Prieto fue sin duda uno de los grandes fundadores de la República prístina, desde el periodismo costumbrista, desde la narrativa autobiográfica y desde la poesía popular. Desde un recorrido bastante exiguo por el Camino de Tierra Adentro, el autor de *La musa callejera* inicia la azarosa construcción literaria de nuestra —entonces ignota, no obstante ineludible— *hinterland*. Con su libro, Marina Martínez Andrade hace un aporte teórico, crítico y metodológico sustancial al estudio de la literatura de viajes en México, así como al análisis de la obra narrativa de uno de nuestros personajes-hitos históricos y literarios. ■■



De orden suprema: la obra de Guillermo Prieto y la literatura de viajes en México
Mariana Martínez Andrade
México, UAM, 2014, 278 pp.